

EL SIGLO FUTURO

DIARIO CATÓLICO

PRECIOS DE SUSCRICION: Edición grande: En Madrid, 12 rs. un mes.—En provincias, un trimestre, 40 rs., remitidos á esta Administración en letras de fácil cobro, libranzas del Giro-mutuo. En las islas de Puerto-Rico, Cuba y Filipinas, satisfaciéndolo en casa de nuestros corresponsales en la Habana, Puerto-Rico y Manila, un trimestre 60 rs. En el extranjero un trimestre, 20 francos. Número suelto en la Administración, 1 real.

PUNTOS DE SUSCRICION: Administración en Madrid, Gravina, núm. 20 pral. derecha, y en las principales librerías de la capital. En provincias, en las principales librerías que son nuestros corresponsales. En Puerto Rico, D. Celestino Diaz. En Manila, D. Gervasio Memije, regente de la Imprenta de Santo Tomás. En Cuba, D. Federico T. Atteridge, calle de Mercaderes, núm. 26. Apartado núm. 599, Habana. Para los anuncios de la Península y extranjeros, en esta Administración á 1 real la línea.

LETANÍAS DE SAN JOSÉ.

Nombre	Cénts.
Suma anterior	6.374 20
D. Alejandro Montes	20
José Cajal	4
Antonio Escartín	4
Felipe Clemente	4
José Fernández	4
Tomás Sala y Figueroa	26
Anselmo Sánchez y Sánchez	4
José Sánchez y Sánchez	4
Francisco Fernández	3
Pedro Negro Suárez	60
Manuel Martínez Cumplido	8
Nicolás Peralados	20
Joaquín Zurbano y Ferrera	10
D. María Luisa Jacquet de Zurbano	10
D. Ignacio Zurbano y Jacquet	4
Gabriel Zurbano y Jacquet	4
José Hernández y su hijo D. Ramón, de Granada	100
SUMA	6.683 20

EL SIGLO FUTURO

MADRID, 25 DE ENERO DE 1889.

OBEDIENCIA Y SERVILISMO.

Vi uno de estos días, no diré en dónde, un artículo con ribetes de simpleza y gazmorquillas singulares.

Se han trocado los frenos de la lógica, y cada eje anda por do quiera, menos por donde debe. Así está la cosa pública.

Nada menos que se pretende equiparar la obediencia católica que tan de veras recomendamos é inculcamos en sus hijos el héroe de Santidad, San Ignacio de Loyola, con el servilismo de los que ayer defendían la verdad y hoy el error, sin tener siquiera una palabra de reprobación contra las danzas del diablo y bailes mundanos que dan en honor del liberalismo los partidarios y servidores del César.

Querer comparar la obediencia de un Santo intransigente con el error y el servilismo por demás, con la ruindad y pobreza de miras de los que involucran cosas tan opuestas como la obediencia católica y el servilismo cesarista, es cuanto nos quedaba por ver.

Si bien esto de amalgamar lo frío y lo caliente, lo bueno y lo malo, presentando como norma segura del vicio las enseñanzas del camino de la virtud, no es nuevo. Es subterfugio añejo.

Pero al que malamente lo emplea no le ha de valer.

No hay más que dos banderas, como el ilustre euskaro de Loyola lo acredita hermosamente en su portentoso libro de las Meditaciones. La bandera de Dios, la de los que obedecen á El ántes que á los hombres.

La bandera de Belial, ó sea la de los que se olvidan de Dios; siquiera sea momentáneamente, para servir al César.

Los que sirven á la primera, son los católicos en todo, los intransigentes, los puros, los íntegros, los hijos de la obediencia, de la abnegación y del sacrificio.

Son los segundos, los que, mirando á las cosas terrenas, transigen con el espíritu oportunista y con las tendencias cesaristas, que se compadecen demasiado con las corrientes modernas de transacción y servilismo, *pro pane lucrando*.

Estos tales nunca se han negado ni se negarán á sí mismos; cómo si se han erigido en jueces de doctrina oportunista, concediéndose *motu proprio* el magisterio cesarista para imponerle *velis nolis* á todos los que, mostrándose católicos intransigentes, hombres de conciencia y de honor, no han querido prestarse incondicionalmente al César.

Partiendo de aquí el inaudito escándalo de los que, truncando la sublime palabra obediencia, la han querido reducir á la miserable condición de servilismo.

No; jamás la obediencia es una cosa, diametralmente opuesta del servilismo, pues mientras aquella eleva, éste degrada, aunque se le quiera revestir con la púrpura de la autoridad contrahecha, y se le acale y empuje con retóricos argumentos de la escuela de la novísima lealtad.

Las irreverentes comparaciones de Obispos y sacerdotes y Papas, no son para nosotros. Valgan para los que, obedeciendo al César, se hacen serviles y pugnan por probar lo que es imposible de prueba, siendo más fácil decir que hacer, porque, del dicho al hecho, hay mucho trecho. Y aquí no se vé más que palabras huecas y vanas. Obras, dignas de tal nombre, ninguna.

Quien ántes manoseara el cuarto precepto del Decálogo, hasta el punto de decir que quien desobedece al César, peca mortalmente, no es extraño vuelva impertinente á sonar la misma trompeta.

Moisés impuso mandatos á Faraon. David se rebeló contra Saul.

Dios Nuestro Señor vino á poner fin al imperio de los Césares, para que triunfara el cristianismo en toda la redondez de la tierra.

Cuando fué interrogado por los Sumos Pontífices, así como por el presidente Pilato, no contestó más de lo que convino á su gran misión de salvar al mundo, y no desobedeció por esto á la autoridad de hecho y de derecho, como tampoco desobedeció al rey Heródes, cuando éste exigió de Cristo Jesús que hiciera á su presencia algun milagro. Y no lo quiso hacer, aunque ello le hubiera librado de la muerte.

Tampoco los Apóstoles ni los Pontífices, ni las Virgenes, ni los mártires desobedecían á los tiranos, y á los Césares cuando éstos los mandaban lo que no tenían derecho á mandar, lo que estaba fuera de sus atribuciones, y preferían morir, siendo en este concepto *laudertino*, desobedientes y rebeldes.

Asimismo nuestros padres desobedecieron á todos los tiranos y reyes que quisieron imponérsenos en esta tierra solariega, como en el resto de España, pudiendo aducir repetidos casos al efecto.

Últimamente tenemos á Fernando VII, á Isabel II, á D. Juan de Borbon, y posteriormente después de Amadeo I y la república afeos, venimos á oponer nuestras conciencias y nuestros sagrados deberes de católicos, á las exigencias y mandatos del César, que quiere mandarnos en lo que nos otros no lo podemos ni debemos obedecer.

Porque Dios es ántes que todos los hombres, sean reyes, emperadores ó Césares. Es peor que ociosidad el disputar insulamente, y mucho peor cuando se disputa contra la verdad, la lógica y la razón evidenciadas hasta la saciedad.

Dios lo reprueba altamente y sólo promete la victoria al que pelea por su causa sin desmayos, sin transacciones, integerrímanamente.

Es hablar de la Meca, tratar de los campos de batalla y de la sangre generosa derramada por quien no se ha visto jamás en casos tan supremos, ni ha derramado una gota siquiera por las narices en defensa de Dios, de la Patria y el Señor.

Que en cambio, sólo saben disputar como mujeres de plazuela y nada más.

Mándrias que, por no tener valor para resistir la imposición cesarista, se someten á ella tímidamente, y por llevar la contraria, denominando obediencia al servilismo, se dejan vencer por no tener fuerzas para vencerse á sí mismos.

De lo cual sólo son capaces los que, vendiéndose á sí propios, defienden con santa intransigencia la causa de Dios y sus santos é imbarajables DERECHOS frente á los pretendidos derechos de los hombres, quienes quiera que sean y como quiera que se llamen.

Y no sirve aparecer pígameos en la defensa de Dios para mostrarse gigantes defendiendo el cesarismo oportunista, aduciendo datos de una revista católica, que dice lo contrario precisamente de lo que asegura el de la *norma insegura* que hoy dice sí y mañana no, para pasado decir qué sé yo.

Al que en nombre de Dios, en Dios y para Dios mande, cualquiera que sea, hemos obedecido, obedecemos y obedeceremos siempre. Jamás al César ni á los cesaristas, mientras y en tanto manden cosas contra Dios, como son las doctrinas manifiestamente liberales que defiende el oportunismo cesarista, para entregarnos impotentes en manos del malhadado liberalismo.

En lo que hay horrible pecado mortal, mayor que el adulterio, que el robo y que el asesinato.

Tal lo creemos y estimamos con recto juicio, tranquila la conciencia y con firme voluntad, dejando para quien lo quiera juzgar, si el que manda lo que es pecado es un infame, un traidor ó un malvado.

Indisputable, reconocida fué la autoridad y la legitimidad de Carlos IV y admitida como cosa justa; esto no obstante, Fernando VII admitió la revolución contra su padre. Carlos V apeló á las armas contra su cuñada y su sobrina Cristina é Isabel II, á pesar de ser reconocida en su derecho al estilo moderno. Doña María Teresa de Braganza y D. Carlos VII despojaron de su legítimo y reconocido derecho á D. Juan, á pesar de llevar el doble carácter de hijo y de padre.

Faltaron al mandato recibido de Dios Nuestro Señor, y al que falta á Dios y conculca sus sacrosantos DERECHOS, nadie tiene obligación de obedecer, ántes por el

contrario, tiene el deber de repeler. Esto hacemos nosotros. Cumplir un deber.

(El Euskarero.)

LOS LEALES PINTADOS POR SI MISMOS.

Bajo este título leemos en nuestro queridísimo compañero *El Gorcea* lo que sigue:

«Abrimos esta sección para que todo el mundo se convenza del caso que hacen los leales de las Enciclicas del Romano Pontífice, Circulares de la Nunciatura y advertencias saludables de nuestro excelentísimo é ilustrísimo Prelado.

«Vamos á dar á luz, sin comentario de ninguna clase, los célebres comunicados que el Sr. D. Samuel Iturrate va publicando en el periódico *El Alacés*, á honra y gloria sin duda de la literatura y de la decencia.

«Dejamos á un lado las frases cutneas que estos días nos ha dedicado el citado periódico, pues ha llamado á *El Gorcea*... BARBARO Y CERDO, y á nosotros PANDILLA y CABALLERIAS, etc., etc., porque todo esto no es nada en comparación de lo que hemos de oír al impertinente D. Samuel, á juzgar por las muestras.

«Este firma con su nombre y apellido las cartas que tiene la honra de insertar *El Alacés*. A lo que no se atreve es á consignar el nombre y apellido de los que pretenden denigrar (¡¡¡)!

«Pero nosotros nos encargamos de decir lo que él calla por cobardía.

«Hoy la emprende con Filipin; es decir, con D. Felipe Hernández Rodríguez, persona respetabilísima por todos los conceptos, quien hace mucho tiempo, debido á sus muchas ocupaciones, no ha escrito siquiera un pequeño suelto para *El Gorcea*.

«Veamos lo que dice D. Samuel:

«Querido amigo: Viendo que hoy cualquiera se mete á escritor, aun teniendo las mismas condiciones que Saragüeta para torero, he decidido hacer lo propio, es decir, lo que hace Montes, ó sea escribir majaderías.

«He leído en *El Gorcea* muchas sandeces, y entre ellas algunas que ofenden á compañeros míos, con los cuales me batí, cosa que no hizo ninguno de esos mamarrachos que hoy se las dan de purísimos, por el solo mérito de haber tomado chocolate á modo y con batatas mazas ó murmurar al estilo de viejas necedadinas.

«Decía ese periódico mismo, en su número del 12 de este mes, una porción de ganadas, y añade después de citar nombres respetables:

«La mayoría de nuestros suscritores desconocerá á casi todos los señores arriba mencionados. A nosotros nos sucede lo mismo.»

«Tiene razón *El Gorcea*; y, como, que es la primera vez que le sucede eso de tener razón.

«Yo explicaré á Vds. por qué desconocen á esos valientes.

«Como había de conocer la "mayoría" (¡vaya una mayoría!) de tus lectores á esos señores, si éstos jamás salían de las trincheras en aquellos tiempos de lucha armada contra el enemigo, y la "mayoría" de esa minoría de lectores, ni siquiera saben lo que significan la palabra parapeto y son capaces de escribirlo con X por hacerlo todo mal!

«Puesto que á citar nombres emplea *El Gorcea*, voy á seguirle por esa veredicta, que era en la que yo deseaba pescarle.

«Con que á la tarea.

«Filipin no los pudo conocer, porque, en lugar de marcharse con ellos á defender el *Reinado Social de Jesucristo*, se quedó por aquí á "liberalizar el país"—según expresión propia—desde aquella cátedra ó caponera republicana, donde hizo de ciudadano Negro, y de orador fogoso, sin que sacara más resultado práctico para la patria oprimida, que un flonon maligno, de cuyas resultas perdió la voz, y la causa de la república conoció que se había malogrado un Mirabeau de Zamora.

«Renudóse entonces, y cuando regresamos de las trincheras, de las cuales nos desalojó una traición parecida á la de los *Ramonecistas*, le contemplamos con asombro vestido el poncho carlista que acaba de sustituirlo, para la denigrante hoga *Necedalina*.

«Y el que así ha pasado sus años, siendo carlista por trimestres, siendo republicano cuando nocedalista en el ocaso de su vida, cómo ha de conocer, á los que nacieron carlistas, han vivido dentro del tradicionalismo, han sufrido por el R..... y están sin traicionar su bandera?

«Dice también *El Gorcea*, que de los que asistimos al Circulo Tradicionalista, ninguno había perdido hermanos ni parientes en el campo del honor.

«Yo conozco, y vi aquella noche, muchos á quienes ese triste caso había ocurrido. También puedo asegurar, en honor á la verdad, que el nocedalismo dejó varias víctimas, inculcadas para el raciocinamiento de nuestras fuerzas, en los átricos mataderos de los pueblos que recorrimos.

«Por hoy basta, señor director.

«Mañana, si Dios quiere, diré algo de Benito y Piñeno, si *El Gorcea* no cambia de conducta, distraerme un rato con diputados en embrión, con estadistas abortados, con satiricos de albarda, con creosos cónyuges y con toda la familia nocedalina, cuyas miserias políticas he de sacar al sol.

«Decidido á hacer una galería artística de estos éreos, queda suyo afectísimo amigo,

SAMUEL ITURRATE.

Vitoria, 14 de Enero de 1889.'s

Francamente.

Somos muy ingratos con los leales.

Ellos solitos se encargan de desacreditarse y de darnos la razón en todo.

Ahorrándonos el trabajo, que no es poco, de discutir con ellos.

Pedir más sería gollería.

¡Adelante, señores leales, adelante!

Política Menuda

De El Globo:

«Ahora resulta que D. Carlos, además de poseer dos coronas, ha estado en potencia propiamente de adquirir la tercera.

«Véase cómo lo explica *El Correo Español*, que es peritísimo rey de armas:

«La protesta hecha en 1701 por la duquesa de Saboya, descendiente directa de Carlos I de Inglaterra, contra la sucesión del elector de Hannover, ya no fué renovada por sus herederos; y como los sucesores de Jorge I han ocupado desde entonces tranquilamente el trono inglés, muy poca gente sabe ahora que hay en la persona de la esposa de Luis de Baviera, archiduquesa María Teresa de Austria-Este, una reclamántemente posible, la cual, si no fuera por la ley inflexible que excluye á los católicos, sería actualmente reina de Inglaterra. Hay una vieja profecía, según la que los derechos á las tres coronas de Inglaterra, Francia y España han de reunirse un día en una sola cabeza, y es digno de nota que si el Sr. Duque de Madrid, en vez de unirse á su augusta consorte, hubiese con traído esponsales con su prima hermana la archiduquesa, el hijo de tal matrimonio habría tenido calidad para cumplir la predicción, ya realizada en sus dos terceras partes, por la muerte del conde de Chambord.

«Ya pueda dar gracias á la casualidad la reina de Inglaterra y emperatriz de las Indias.

«De buena se ha librado.»

«Por lo ménos ha salido mejor librada que va saliendo doña Margarita de Borbon de entre las manos de los cronistas leales.

«Que unas veces, como *El Correo Catalan*, cometen el delito de lesa galantería, de recordar los años que tiene.

«Y otras, como ahora *Mitros Laguna*, casi se lamentan de que sea esposa de D. Carlos.

Dice El Liberal:

«Aspecto del Congreso al abrirse la sesión de ayer.

«XOcho ó diez diputados en los escaños; veinte ó treinta personas en las tribunas, y el ministro de Gracia y Justicia en el banco azul.»

«No faltaba más que el correspondiente braserito en el centro.

«Y ¡tableau!

«Una tertulia de confianza.»

«No hace falta el braserito para que el Congreso se pareciera á una tertulia de confianza.

«Basta con ver cómo tratan al pueblo español los padres de la patria.

«Con confianza.

Dice El Estándar:

«Nuestro ilustrado jefe el Sr. Cánovas del Castillo asistió anoche al banquete de Palacio, habiendo sido invitado como individuo del *Toison de Oro*.

«Como individuo!

«Ni siquiera como caballero!

También esto es tratar con demasiada confianza á los augustos primos de D. Antonio.

«El *Ratoncito Perez* ha pagado en *La Iberia* el siguiente cartel:

«Cuando, hace poco tiempo, dijimos que el señor Llauder, director de *El Correo Español*, abandonaría en breve el cargo que en el periódico carlista desempeñaba, se enfadó éste mucho con nosotros, y negó la exactitud de la noticia.

«Desde entonces no hemos vuelto á ocuparnos de tal cuestión, y en este trascurso de tiempo se han realizado nuestros vaticinios, pues el señor Llauder, sin que nadie se enterara de su marcha, tomó el tren y se encaminó á Barcelona, donde se encuentra y donde ha vuelto á encargarse de la dirección del *Correo Catalan*, que le proporciona más ventajas y le evita los innumerables disgustos que aquí ha tenido, no por parte de sus enemigos ciertamente, sino por parte de sus amigos y correligionarios.

«La profecía que hicimos de la desaparición de *El Correo Español* no tardará tampoco en realizarse.»

Y el cuarto ha hecho, según los tiempos, á palo y á pluma.

De gacela.

Y ya lo dice el refrán:

Al cabo de los años mil...

o sea de *El Imparcial*:

«La *Epoca* que hasta Carnaval no comenzará el señor ministro de Hacienda é discutirá separadamente los presupuestos con sus compañeros.

«Buen Carnaval le espera al señor ministro de Hacienda!

«Tenemos la seguridad de que en toda su vida le han dado una broma más pesada.»

Verdad.

Pero á D. Venancio le queda el recurso de denosarla al consabido Juan.

Y se la endosará.

Vaya si se la endosará.

Pero, ¿quién es la endosará el pobre Juan Pagaf?

«Este sí que puede decir:—¡Buen Carnaval me espera! ¡Y qué Cuaremas!

El Correo Español dedica más de una columna de letra menuda para describir la entrada del Sr. Llauder en Barcelona.

De dicha descripción tomamos lo siguiente:

«Aun á riesgo de molestar la natural y probada modestia del ilustrado director de *El Correo Español* y del *Correo Catalan*, voy á dar cuenta á los lectores de ese periódico de las espontáneas y entusiastas ovaciones é demostraciones de afecto de que ha sido objeto dicho señor con motivo de su llegada á esta ciudad.»

«El autor de las líneas que preceden, y del resto de la descripción, es el Sr. Falcó.

Redactor del *Correo Catalan*.

Y al que seguramente habrá dicho el señor Llauder:

—Aun á riesgo de molestar mi natural y probada modestia, dé Vd. cuenta á *El Correo Español* del recibimiento que me han hecho los leales de esta ciudad.

Y el Sr. Falcó ha cumplido el encargo.

«Sin haber circulado siquiera la noticia de la llegada de D. Luis María de Llauder, se supo que venía éste en el tren expreso de ayer domingo, y los carlistas barceloneses determinaron salir á recibirle á la estación del ferrocarril del Norte, desechos de felicitar y de estrechar la mano al que por su lealtad al augusto Duque de Madrid ha sido blanco de las asechanzas y miserables calumnias de los que pretenden pasar por católicos íntegros con privilegio exclusivo. No pocos de nuestros correligionarios, ávidos de abrazarle y felicitarle, salieron á recibirle en distintas estaciones de la línea, siendo mayor el número de aquellos en *Maresa* y *Sabadell*, donde fué objeto el Sr. Llauder de grandes demostraciones de cariño.»

Cualquiera puede pasar unas cuantas noches de invierno entretenido en la tarea de descifrar este logogrifo:

«Sin haber circulado siquiera la noticia de la llegada á Barcelona del Sr. Llauder, se supo que iba en el tren expreso!

Y prosigue el corresponsal:

«Mucho ántes de llegar al tren se veían concurridos los alrededores, pórticos y andenes de la estación del ferrocarril del Norte. Entre la multitud vimos, como representantes de la nobleza catalana, á los señores duques de Solferino, D. José de España, baron de Albi, baron de Casa Ratis, D. Ramon de Valls y de Barnola, D. Mariano de Montoliu, D. J. Antonio Lopez de Pastor, D. Juan y Antonio de Torrens, D. Fernando de Segarra, D. José de Bobadilla, don Manuel de Febrer, Sras. Alós, hijo del marqués de Don Togoras y otros muchos que no recuerdo; la junta directiva y gran número de socios del Circulo tradicionalista de Barcelona; individuos pertenecientes á la Juventud Católica, Asociación de Católicos, Pia Union de San Miguel y Congregaciones de San Luis Gonzaga, Centro Moral de Gracia, miembros pertenecientes al clero, magistratura, industria y comercio; jefes y oficiales de la última guerra civil; individuos de las clases escolares; redactores de los periódicos tradicionalistas de la localidad, y representantes de *El Alacés*, *La Voz Ampurdanesa*, *El Legitimista*, *La Cruz sobre el Corazon*, *La Voz Manresana* y *Correo de Tortosa*, y otras varias comisiones.»

Y en otro lugar añade:

«Esta tarde se han reunido en el restaurant de Francia varios amigos y admiradores entusiastas del digno director de *El Correo Español*, obsequiándole con un espléndido almuerzo en pró de la causa católico-monárquica. Entre los comensales que han asistido á dicho acto habrán de recordarse al Sr. de Solferino, baron de Villegas, baron de Albi, D. José de España, D. Juan de Torrens, el Sr. de Valls, D. José de Bobadilla, la junta directiva del Circulo tradicionalista de Barcelona y los redactores del *Correo Catalan*, Sras. D. Sebastian J. Carner, D. Eduardo Reventós, D. Luis Carlos Viada y Luch, don Manuel García Barzanallana y quien escribe estas líneas, y D. Maxin Martí y Berján, corresponsal de *La Cruz sobre el Corazon*.»

«Qué monotonía!

Duque de Solferino, Bobadilla, Ratis, España, Albi, Torrens.

Pero diga Vd., señor corresponsal: ¿No fué más que recibir al Sr. Llauder que esos señores?

«Ni nadie más que esos señores le obsequió?

Si en así habrá que decir de los comensales que el corresponsal pone en el cuento? Quite Vd. leales.

Después de todo, el corresponsal no se da vida de lo principal.